

MARÍA DE NOGUERA

CUENTOS VIEJOS



Maderas de FRANCISCO AMIGHETTI

Ediciones del *Repertorio Americano*

SAN JOSE DE COSTA RICA

1938

INTRODUCCION



Referencia: María de Noguera es una maestra muy apreciable de Santa Cruz de Guanacaste, en Costa Rica. Ya está a un paso de la pensión reglamentaria; meritoria su jornada. La conocí antes de 1915 en el Colegio Superior de Señoritas, a donde acudían entonces las niñas que deseaban hacerse maestras. Como se ve, cogió mis consejos. Porque la mayoría no hace caso.

Otra referencia: Eugenio es mi hijo. Cuando María pensó en dedicarle sus CUENTOS VIEJOS, ya tenía él como nueve años. A su tiempo los aprovechó. Hoy los reelerá con gusto. Hoy es el Dr. García Carrillo, en los 26 de edad. En el librito de cuentos de María, seguirá siendo un niño, una esperanza, una promesa; pueden ser los niños de por acá, en su prolongación espiritual, en la eternidad de la Patria como estado de cultura.

En EL CONVIVIO DE LOS NIÑOS (J. García Monge, editor, San José, Costa Rica, C. A., 1923) se hizo la primera edición de los CUENTOS VIEJOS de María de Noguera. Catorce cuentos en un tomo de 128 páginas.

En carta de Lagunilla, 13 de junio de 1921, al editor, la autora le decía:

«Ahí le van tres más de los CUENTOS VIEJOS, también para Eugenio. Oh! no cabría en mí tanta honra ni tanto gozo si el pequeño aprendiera en mis CUENTOS VIEJOS un poco de lo que es en sí la vida misma, a manera del Príncipe Azul. Porque en realidad los cuentos son la vida misma del hombre atribuida a los seres inertes y a los animales; por esa misma razón sin duda parecen extraordinarios, porque nuestro espíritu mira en ellos lo que es propio sólo del hombre. ¡Bendito sea Benavente que puso ante mí esta verdad: los cuentos son la realidad de la vida!

» De niña los escuché maravillada, pues mi cerebro quizás de hormiga no concebía que hubiese un gigante capaz de demoler con los puños la iglesia de mi pueblo; por otra parte, creía en varitas mágicas y en un sinnúmero de imágenes inverosímiles que pintan los cuen-

tos. Para mí era preferible oír un cuento que ir a cenar. Esos divinos «cuentos poblaron de bellas fantasías mi imaginación; hoy la pueblan de duras realidades ellos mismos. En otros tiempos los escuché encantada; hoy, de igual modo, los copio encantada de las verdades que dicen sus mentiras».

.....

Otras declaraciones interesantes de la autora. Son de 1928 (abril 23) y se las hizo a José Joaquín Salas, de los escasos maestros costarricenses preocupados que andan cerca del corazón de los niños. Se interesaba—era entonces Jefe Técnico de las escuelas, si no me equivoco—porque María hiciera una segunda edición de sus CUENTOS. Le decía la autora:

«Van hoy cinco «cuentos» que han de servir para ampliar la colección que comencé en las aulas del Colegio y que vió la luz de la publicidad por mediación del muy estimado ex-profesor don Joaquín García Monge.

» Desde luego confieso que no son originales; yo los he recogido de boca de los campesinos, los he redactado procurando seguir el orden

primitivo de los sucesos y argumentos con un lenguaje comprensivo para los niños. Es lo único que me pertenece.

»Estoy agradecida con usted por su valiosa ayuda en esta labor. ¡Qué dicha poder dar alegrías a los niños! Para mí es mucho mayor, porque pienso en que como la abeja, llevo al colmenar una gota de miel extraída de cálices silvestres».

.....

Me ha tocado hacerle a María la segunda edición de sus CUENTOS, aumentada en siete. Hace tiempo habíamos venido pensando en eso. ¡Satisface haber cumplido al fin! Ella me dice en carta de Santa Cruz, 9 de noviembre de 1936:

«Nuevamente, un grupo de maestros amigos de mis CUENTOS VIEJOS me han manifestado su deseo de que se haga una nueva edición. Usted está enterado de que José María Velázquez y Benildo Leal encabezan ese movimiento y toman a su responsabilidad todas las actividades requeridas, tanto para financiar el valor de la edición, como lo referente a calidad y forma del librito. Ellos han puesto todo el en-

pues no sé cuántos eran los anteriores por no conservar ni un tomo.

»Mucho agradeceré las palabras tuyas a la entrada del librito; así tendrán más valor y fuerza sus alas, para volar de aula en aula y recoger sonrisas de niños».

No ha salido la edición como la habíamos proyectado. Por descuido de la imprenta, no damos el papel que se quería. Mejor se habrían visto, es claro, las maderitas de Amighetti, en un papel satinado. Pero ya la edición está hecha y ahora, que circule entre los niños del Guanacaste al menos. Es corta la edición. La autora me dice en carta de marzo 23 de 1938: «Cierto que el papel es malísimo, no es el deseable, pero como resulta más barato, podrán llegar los cuentecitos más fácilmente a manos de los niños, que es lo importante para mí».

La colaboración artística de Amighetti en este libro es muy apreciable. La autora debe sentirse orgullosa de haberla obtenido. Hay en las maderas de Amighetti cierta gracia y malicia muy del gusto de los niños; a más

de que está presente en ellas el sentido del paisaje, del misterio y de la aventura. ¿Qué más pedir?

Digamos, finalmente, algo más, a propósito de los CUENTOS VIEJOS de María de Noguera.

La autora se los confía a las maestras, esto es, que sean ellas las que los refieran a los niños. Abuelas, madres, niñeras, maestras son las llamadas a contadoras de cuentos infantiles.

Hay en éstos una vieja sabiduría, la de todos los cuentos tradicionales. ¿La aprenderán los niños en ellos? ¿Qué aprenderán? ¿No valdría más preguntarse: ¿Gozarán con ellos? Que si tal cosa ocurre, el tiempo hará lo demás en los dominios del alma. La autora confía en el valor docente de sus cuentos. Con razón, si bien nos parece que en la niñez la lección quizá no sea de inmediata utilidad. Se adquiere, sí, y en el subconsciente sigue trabajando; ya de hombres se aprecian sus frutos. Como sustento espiritual, a niño alguno debiera faltarle en la hora oportuna el cuento fantástico creador.

Los muchachos, cuando ya pasan por las escuelas, se inclinan más a lo picaresco. Por eso tío Conejo les resulta un gran tipo; siempre se sale con la suya. Cierta destreza al servicio de cierta picardía: eso como que les gusta a los muchachos. Más los mueven a cierta edad las aventuras riesgosas.

Los CUENTOS DE LA TÍA PANCHITA y éstos de María de Noguera son la contribución más interesante que Costa Rica, por ahora, puede ofrecer a la literatura popular infantil del mundo. Con los de Marta, desde luego, el Guanacaste logra presencia espiritual en las letras costarricenses, con historia al fondo. Digo con esto que María, como autora de los CUENTOS VIEJOS y como maestra, es una de las mujeres que más honran y sirven a su Guanacaste, tan interesante. Le han faltado intérpretes del alma popular al Guanacaste, su tradición y su paisaje: en la música, en el color, en la línea, en el cuento, en la poesía. Aptitudes literarias, no le han faltado en algunos. Descuido en ellos de su provincia, sí ha habido. ¡Una lástima, pues!

En los cuentos de María, dentro de los viejos motivos, el tono local, el paisaje, y el modito de pensar, sentir y decir ciertas cosas, peculiar de los guanacastecos. Y como expresión de cultura, cuánta lección encierran, de moral que le sirva a la conducta. María se ha valido, en parte, del concurso de sus discípulas, niñas de Santa Cruz y de sus contornos, para recogerlos. Y ya ven ustedes, cuánto han recogido esas abejitas. Han almacenado sabiduría popular. Ahora bastaría que los maestros de Guanacaste hagan reflexionar a sus alumnos acerca de los sucesos narrados y de la conducta que observan los personajes—gentes y animales—que en ellos intervienen. ¡Y pensar lo que significa esta silenciosa labor de las aulas en torno a un librito de cuentos populares, interpretado con emoción e inteligencia! El Guanacaste siente que poco a poco se alzan las alas de su espíritu y que su influencia en la historia de Costa Rica se hace cada vez mayor y más provechosa. Ojalá así sea! Una vez más la narradora de cuentos populares trabaja en el telar de la

historia de un pueblo. La cosa es saber contar los cuentos. Que éstos de María, hallen las contadoras hábiles. Algo necesario: que los niños los vuelvan a contar a su propia y deliciosa manera, que es recrearlos; actividad artística fecunda, sin duda.

De los viejos cuentos saldrán los nuevos, como si dijera: los nuevos proyectos, las nuevas realidades.

Carmen Lyra y María de Noguera son en Costa Rica dos maestras ejemplares, hacedoras de patria. Lástima que su caso y su causa no hayan tenido siempre colaboradoras comprensivas ¿Y habrá continuadoras...? Porque hay que seguir creando. La cantera es rica y el tiempo exige de los pueblos, si quieren avanzar, la obra del Espíritu.

J. GARCÍA MONGE

tusiasmo de su juventud en la realización de tal propósito, con buen principio, pues han logrado interesar a muchas personas de la provincia y fuera de ella, siendo así que ya tienen en su poder algunos fondos. Todo ello por mi parte ha despertado gran fe.

» Ahora quiero pedir a usted un «prólogo» para mis cuentos; usted que conoce más que nadie su valor folk-lórico, que conoce a la humildísima autora, «maestra de aldea» y que no sabe de «letras».

» Estos cuentos los ofrecí a su niño de otrora, Eugenio, como homenaje al maestro su padre que me enseñó a amar a los niños, a sentir el deseo de ayudar con fervor en la gran obra de la educación. Cuando escribí mis primeros cuentos, Eugenio tenía tres años, y cuando lo veía sonriente al lado del «maestro» pensaba en todos los niños de Costa Rica, que con él iban a sonreír oyendo a sus maestras contar los relatos fantásticos de mi librito.

» Son siempre «para Eugenio» mis cuentos, como un sencillito homenaje al maestro de los maestros, señor García.

.....

» Usted sin duda conserva los originales de los últimos cuentos que le envié, y de los viejos,



Tío Conejo y Tía Boa

Tío Conejo estaba muy preocupado porque era la tercera vez que había estado en un así de que se lo echara de un bocado tía Boa. La había encontrado hecha una espiral entre el zacatito verde en donde él acostumbraba cenar, y creyéndola dormida no le hacía caso, pero cata que de pronto tía Boa se desenrollaba como por resorte, y si no hubiera sido porque tío Conejo tenía buenas piernas, se lo habría tragado.

Se puso a pensar y va de pensar cómo haría para matarla; era tan larga, tan gruesa, que de sólo verla le temblaba el cuerpo. Al fin le vino una idea. Tomó un saco de tela

gruesa y se encaminó hacia la casa de tía Boa. Ella vivía en el hueco de un tronco carcomido de un viejo espabel que daba sombra a un ojo de agua. Como si fuera con alguien, al acercarse al árbol se puso a decir, primero en voz alta y luego en voz más baja, diferente a la suya:

—¿A que alcanza?

—¿A que no alcanza?

—¿A que alcanza?

—¿A que no alcanza?

—¿A que sí?

—¿A que no?

—¡Apostemos que sí!

—¡Apostemos que no!

—¡Hombré, que sí alcanza!

—¡Hombré, no seas maceta, que tía Boa es más larga que un camino y más gruesa que ese espabel; yo apostaría mi cabeza a que no alcanza.

—¡Pues yo digo que sí alcanza!

Al decir la última frase iba llegando tío Conejo a la casa de tía Boa, la cual dormía y a las voces se había despertado. Por fortuna estaba de buen humor, pues tenía en la panza un cariblanca que había bajado al

ojo de agua; así es que estaba haciendo la digestión. Asomó la cabeza por el hueco y como viera a tío Conejo, le preguntó:

—¿Idiai, hombré, qué es esa algazara que traés, que me ha despertado?

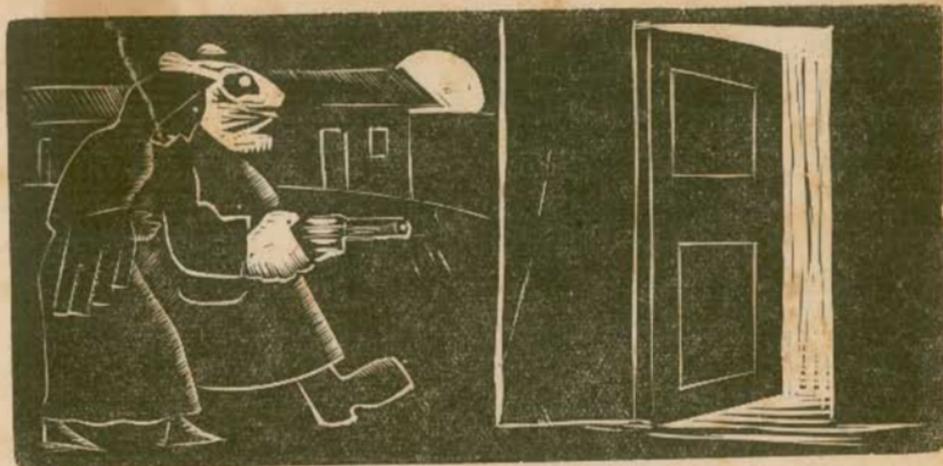
—Pues señora, vaya viendo que ese porfiado de mi hermano (al mismo tiempo indicaba con el dedo detrás del árbol hacia unos matones, como si allí estuviera escondido el supuesto hermano) dice que apuesta a que usted no alcanza en este saco (mostró a la vez el saco a tía Boa), y yo le digo que apostemos a que sí alcanza.

—Abre la boca al saco—dijo tía Boa—para acomodarme dentro; así se convencerá ese porfiado y tú ganarás la apuesta.

Tío Conejo, mientras tanto, decía para sí:

—¡Ay, María Santisimita, que no le den ganas a tía Boa de comerme.

Le temblaba todo el cuerpo, pero logró serenarse y abrió el saco, acomodándose en él la tía Boa perfectamente. Sin pérdida de tiempo tomó tío Conejo una cuerda que llevaba en el bolsillo, amarró con nudo ciego la boca al saco y de un empujón lo echó al río.



El Cadejos del cadejal

Esta era una viejecita que vivía sola en su choza, y tenía la mala costumbre de irse por la noche a la vecindad. Volvía muy tarde, y como venía cansada, se acostaba sin sacudir la cama ni encomendarse a Dios. Una noche que venía de su paseo acostumbrado, entró a la casa sin encender luz; y ya iba a poner las manos en la cama, cuando oyó una voz horrorosa que decía:

—¡U-u-u-u-u!, yo soy el Cadejos del cadejal, y toda vieja que venga aquí me la voy a cenar...!

Y sale la viejecita como disparada, en

un puro temblor. Se fué derechito a la casa de tío Tigre, y le habló:

—¡Tío Tigre! ¡Tío Tigre!, por Dios, vaya a hacerme el favor de matar un animal que está en mi cama..., que no me deja llegar...

—¡Humm...!—dijo tío Tigre, rebulléndose con pereza en su cama—, para eso se pone usted a andar de noche por la vecindad y llegar tan tarde a su casa. Espérese un poquito mientras me visto.

Y tío Tigre se puso los pantalones, el sobretodo para no resfriarse, tomó su sombrero, el bastón y una pistola; luego salió y se fué con la viejecita a matar el Cadejos. Ella se quedó atrás, y él queditamente se fué acercando a la puerta, con revólver en mano... Al poner el pie en el resquicio de la puerta, oye una voz que le dice:

—¡U-u-u-u-u!, yo soy el Cadejos del cadejal, y todo Tigre que venga aquí me lo voy a cenar...!

Y sale, la viejecita y tío Tigre que se llevaban los vientos; en la huida se le cayó el sombrero, pero no se detuvo a recogerlo, tal era el miedo. Cuando llegó a su casa, tío Tigre respiró, y dijo a la viejecita:

—Vaya donde tío Coyote a ver si él va a matar ese animal; yo creo que él sí lo mata, porque sabe muchas oraciones buenas, pues si no me engaño, ese animal que está en su cama es cosa mala. ¡Ave María Purísima!

Diciendo esto, se fué la viejecita donde tío Coyote.

Tun, tun, tun—llamó a la puerta diciendo:—Tío Coyote, tío Coyote de Dios, hágame el favor de ir a matar un animal que está en mi cama y no me deja llegar.

Tío Coyote contestó:

—Pero señora, ¿qué anda haciendo usted a deshoras de la noche fuera de su casa? ¡Esa es una mala costumbre! Espérese un momento mientras me visto.

Así fué: tomó sus pantalones, el chaleco, el saco, el sobretodo, etc., y se abrigó; se puso el sombrero, tomó el bastón, dos pistolas y salió. Al llegar donde el Cadejos se santiguó unas tantas veces, alistó las pistolas, y se dispuso a entrar. En eso sale la voz horrorosa que decía:

—¡U-u-u-u-u!, yo soy el Cadejos del

cadejal, y todo Coyote que venga aquí me lo voy a cenar...!

Y sale tío Coyote como un cachiflín, con la viejecita de la mano. Cuando llegó a la casa no podía ni hablar del susto.

—Vaya donde míster León—dijo tío Coyote—; él sí puede sacar ese animal de ahí porque es el Rey.

Fuese, pues, la ancianita a casa de míster León, y llamó a la puerta:

Tun, tun, tun.—Míster León!, míster León!, por vida suyita vaya a sacar un animal que está en mi casa y no me deja entrar.

—¡Humm!—respondió míster León, rebulléndose en su cama; luego bostezó, se despabiló los ojos, y por último dijo:

—Bueno, señora, ¿y qué anda haciendo usted a deshoras de la noche, fuera de su casa? Eso va en contra de las buenas costumbres; por esta vez le perdono ésa.

Diciendo esto empezó a vestirse, tomó sus armas y se encaminó hacia la casa de la ancianita. Al llegar, quedito, quedito se fué acercando, y ya iba a poner el pie en el resquicio, cuando oye que le dicen:

—¡U-u-u-u-ul, yo soy el Cadejos del cadejal, y todo León que venga aquí, me lo voy a cenar!

—¡Ave María Purísima!—exclamó místico León; y salió huyendo con el cuerpo en un temblor y el corazón que se le salía del pecho. No respiró hasta llegar a su casa. Luego exclamó:

—¡No, no, señora! Ese animal es muy peligroso, yo no puedo matarlo; vaya donde el Juez de Paz, que ése con ser autoridad talvez puede hacerlo!

—¿Y quién es el Juez de Paz, señor?—preguntó la viejita.

—Es tío Conejo, la persona más entendida de estos contornos.

Y a la casa de tío Conejo se encaminó la viejecita.

Tun, tun, tun!—Tío Conejo, tío Conejo...! por vida suyita vaya a sacar un animal que está en mi casa y no me deja entrar.

Tío Conejo se levantó como por medio de un resorte, y dijo a la viejecita:

—Espere un momento mientras me visto; mientras tanto vaya donde tío Zompopo y le dice que por orden del Juez de Paz aliste

cien soldados y se venga inmediatamente.

Se fué la viejecita donde tío Zompopo y le dió el recado del Juez de Paz. Pronto estuvieron todos listos y se dirigieron a la choza en donde estaba el Cadejos.

—Tío Zompopo—dijo tío Conejo—, usted entra primero con su gente, pero muy quedito; se trepa por el pilar de la cama, y se va quedito, quedito, hasta ponerle las pinzas en la nariz; luego sus compañeros que lo cojan de donde puedan; yo esperaré en la puerta con mi espada. Usted, señora—dijo a la anciana—no se acerque, porque le puede ocurrir algo.

Cuando iba entrando tío Zompopo con su gente, se oyó la voz del Cadejos:

—¡U-u-u-u-u!, ¡yo soy el Cadejos del cadejall, y todo Zompopo que venga aquí me lo voy a cenar...!

Pero tío Conejo y tío Zompopo no eran personas que se intimidaban por tan poca cosa; así es que sin hacer caso fueron trepando los zompopos por el pilar de la cama y fueron rodeando al Cadejos. Casi a un mismo tiempo lo sujetaron con las pinzas, a como lo había ordenado tío Conejo. Y

sale el Cadejos en carrera desesperada; en la puerta le dió tío Conejo con la espada, diciendo:

—¡No lo suelten, muchachos, hasta acabar con él!

El pobre Cadejos corría con todas sus fuerzas y se restregaba en los árboles para ver si dejaba perdidos a los zompopos, pero nada, éstos no lo soltaban. Por fin cayó desfallecido, casi sin aliento, a consecuencia de la herida y de tanto correr; tío Conejo, que no iba muy atrás, se acercó de un brinco y le dió sin cesar con la espada hasta que expiró el Cadejos. Luego regresó tío Conejo con los soldados donde la viejecita, y le notificó de su puño y letra que no volviera a salir de noche, bajo pena de ir a la cárcel.

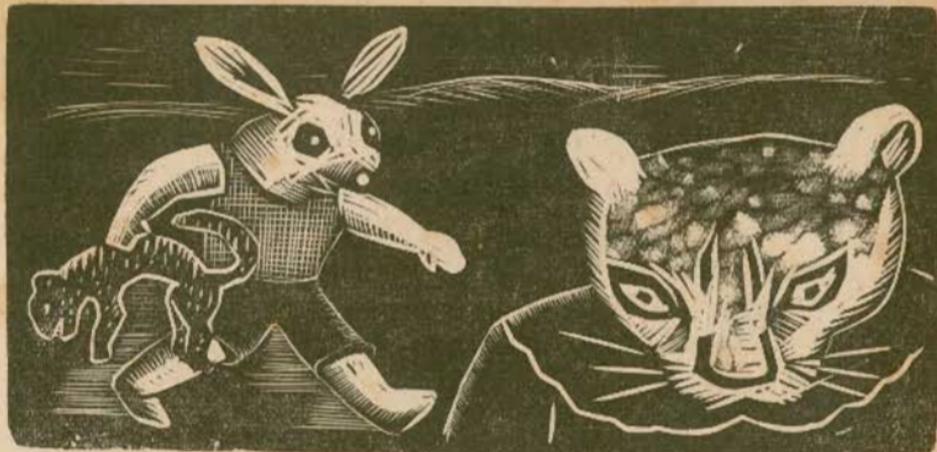
El Juez de Paz con su tropa se fueron, y la viejecita, toda temblorosa de miedo y de frío, se acurrucó en su cama.



El príncipe Tonto

Este era un rey que tenía tres hijos. Los dos mayores eran inteligentes e instruidos, pero el menor era un alma de Dios, por lo cual todo el mundo lo llamaba el príncipe Tonto.

Cierta día, los dos mayores dijeron a su padre que ellos querían ir a rodar fortuna por esos mundos y que les diera su herencia. El menor, o sea el Tonto, dijo que él se iba también con sus hermanos, pero la reina dijo que qué iba a hacer ese gandún; el rey, que qué iba a hacer ese no nos dejes, y sus hermanos se lo comieron a burlas.



Tío Conejo y tía Tigra

En cierta ocasión llegó tío Conejo donde tía Tigra y le pidió posada. Ella tenía tres hijitos, los cuales encomendó a tío Conejo. El se encargaba de darles alimento y de llevarlos a pasear.

—Hoy vamos a cazar—dijo un día la Tigra a tío Conejo—; vos te vas por un camino y yo por otro, a ver qué hallamos.

Así fué, salieron y cada uno tomó un camino diferente. Tío Conejo no caminó muy lejos y en medio de unos matones se puso a hacer una cueva; escarba y escarba un buen rato. Después regresó a la casa, antes

malra



Lo que soñó Juan Tuntún

Había una vez un muchacho llamado Juan, que por su simplicidad lo apellidaron «Tuntún», es decir, Tonto; así, pues, se llamaba Juan Tuntún o Juan Tonto.

Una noche que se acostó muy tarde, cansado de los quehaceres, se durmió profundamente y comenzó a soñar.

Soñó que estaba en medio de un gran maizal. Para contemplarlo mejor, subió a un tronco medio quemado que halló a su paso. Extasiado estaba en la contemplación de aquellas matas que se mecían suavemente con el viento, cuando notó con gran sorpresa



La Mano Peluda

Este era un viejecito que tenía tres hijas muy lindas; pero la menor era aún más bella porque tenía buen corazón y era humilde.

El viejecito había dado palabra de casar a sus hijas con el primero que pidiera su mano y por orden de edad.

Así fué; las dos mayores pronto contrajeron matrimonio con unos señores muy ricos y la menor aún permanecía soltera mucho tiempo después de haberse casado sus hermanas. Pero ella vivía muy contenta, cuidaba al viejito con gran esmero, y adornaba



El fallo de Tío Conejo

Cierto día iba tío Buey en dirección de un ojo de agua, cuando en eso encontró a tío Tigre prensado de improviso por una rama que tronchó el viento.

—¡Ay, tío Buey!—exclamó tío Tigre, con una voz tan lastimera como si estuviera agonizando—. Sáqueme de esta prisión, que yo le prometo bajo mi palabra de honor no hacerle daño alguno; líbreme Dios de cometer tal ingratitud.

Tío Buey replicó:

—De todo eso se olvidará usted una vez libre, porque está dicho que un bien



Historia del hijo que dejó perdido el Rey

(Cuento recogido en el distrito de Arado de Santa Cruz, por la niña *María de los Angeles Barrantes*, alumna del sexto grado, en 1927).

Sucedió que una vez, habiendo salido el rey a pasear a tierras lejanas, dejó perdido en una aldea un hijo suyo muy pequeño; y como le precisaba regresar, recomendó a una campesina se lo buscara, y que si aparecía le diera una cajita que dejó al cuidado de ella, junto con un anillo; objetos con los cuales le sería fácil llegar hasta



Anécdota entre animales

El tío Sapo, queriendo burlarse de tío Cangrejo, le dijo al verlo pasar:

—¿A dónde vas, ramazón?

Esto lo decía porque tío Cangrejo se-
meja con sus muchas patas, largas y arti-
culadas, un manojito de ramas secas. Pero
comprendiendo al punto la ironía de tío Sapo,
le replicó:

—¡A la quebrada de *Boca Ancha!*

Refiriéndose a la boca de tío Sapo que
es muy hendida.

Míster Ratón, que por ahí cerca estaba,